

IN MEMÓRIAM

JUAN MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ
(1921-2006)

Al evocar la figura de Juan Díaz, el amigo que acaba de fallecer, no puedo ni quiero ser ecuánime, porque tampoco lo sería si recordara a mis padres y hermanos, cuyas posibles fragilidades quedarían consumidas en las brasas del cariño. Juan me dio constantes muestras de fraternal amistad, amistad que jamás experimentó altibajos a lo largo de medio siglo.

Nos conocimos en el Museo Canario. Juan pertenecía a la institución desde su etapa estudiantil, pero entró a formar parte de la Junta Directiva en 1966, desempeñando a partir de entonces los cargos de Director y después el de Presidente. En 1993 se le nombró por aclamación Socio de Honor en premio a la modélica gestión realizada en los puestos directivos que ocupó.

Había nacido en uno de los más hermosos pueblos del interior de Gran Canaria, Valleseco, en 1921. Su infancia y adolescencia las pasó en contacto íntimo con el campo; los hábitos y costumbres de la población rural dejaron en él un poso de añoranzas muy querido. Por eso mimaba la casa natal de Valleseco, que estaba siempre dispuesta y esperándole como lugar de descanso y reunión con los amigos. La paz y el silencio que le proporcionaba lo descargaba del cotidiano agobio capitalino.

Pero le fue necesario apartarse del paisaje natal. Cuando llegó el momento de iniciar los estudios secundarios se produjeron los primeros contactos continuados del autor con el medio urbano. En el Instituto Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria cursó el Bachillerato; y en la Escuela Normal, la carrera de Magisterio. Pero su gran vocación era la Medicina, y para llegar a ser médico se esforzó con brillantez en Sevilla, licenciándose en 1947. Seguidamente sería nombrado profesor adjunto de Histología y Anatomía Patológica de la Facultad hispalense. Algunos años después, casado y con hijos, restándole ratos al descanso, emprendió la carrera de Derecho, que finalizó en 1960.

Ya médico y de regreso a Las Palmas de Gran Canaria elige para desarrollar su actividad profesional las parcelas de Hematología y Análisis Clínicos, materias en las que se había especializado. Además del trabajo que realizaba cotidianamente en su laboratorio particular y en el de la Clínica de Santa Catalina, desempeñó hasta su jubilación las jefaturas del Servicio de Hematología y Hemoterapia de la Dirección Territorial de Salud Pública de la provincia de Las Palmas y de los laboratorios del mismo organismo. Por

su modélica dedicación a la Medicina, el Colegio de Médicos le nombró “*Colegiado de Honor*”

Juan Díaz supo programar hábilmente el quehacer profesional de forma que le quedara tiempo, no sobrado pero sí suficiente, para dedicarlo a otras actividades de relevante importancia para la promoción cultural, social y turística de la isla. Además de la ya mencionada participación en los Organos directivos del *Museo Canario*, fue durante varios años Presidente del Patronato de la “*Escuela de Bellas Artes Luján Pérez*”; y por sus excelentes relaciones con destacados políticos pudo lograr que se creara en nuestra capital la “*Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos*”.

De él partió también la idea de crear la *Fundación Universitaria de Las Palmas*. Los frutos obtenidos han sido espectaculares. Gracias a ella se han financiado numerosos proyectos de investigación y concedido becas a potgraduados para que pudieran preparar sin agobios sus tesis. La Universidad de Las Palmas reconocería sus méritos otorgándole el grado de *Doctor Honoris Causa*.

Recuerdo, como muestra de su enorme preocupación por la implantación de estudios de rango universitarios de Gran Canaria, que durante la etapa en que presidió el *Museo Canario*, llevó a cabo una indagación exhaustiva sobre las universidades o escuelas superiores de pesca en diferentes partes del mundo, con el propósito de promover la creación de un centro similar en Las Palmas. El proyecto, desarrollado en dos gruesos volúmenes, fue llevado por él, de forma personal, al Ministerio de Educación. La solidez y solvencia de la meditada propuesta mereció encendidos elogios y felicitaciones. Las promesas de que la iniciativa saldría adelante fueron rotundas y, posteriormente, olvidadas. Pero... basándose, literalmente, en el plan aportado por Juan Díaz se crearía al poco tiempo un centro de estudios pesqueros en Vigo. ¡Sólo tuvieron que cambiar el lugar de emplazamiento de la institución!

En aquellos años sesenta, que tantos miramientos había que tener con la censura gubernativa (siempre al acecho de cualquier mal paso que diera el Museo en los actos culturales que organizaba), Juan Díaz la supo sortear con muchísimo tacto, y conferenciantes de todos los colores disertaron en su tribuna, como: Camilo José Cela, Dámaso Alonso, Julián Marías, Miguel Ángel Asturias, Agustín Millares Carlo, Julio Caro Baroja, José Luis de Arrese, José María Gironella, Alvaro Cunqueiro y otros. Con Miguel Angel Asturias llegó a más: le facilitó su bungalow del complejo turístico de Puerto Rico para que descansara en él varias semanas. Allí, en lugar tan acogedor, escribió el Premio Nobel gran parte de su última novela.

En la citada urbanización sureña y desde la presidencia de su

Consejo de Administración impulsó su despegue, que ha significado el crecimiento turístico del término municipal de Mogán. Cuando agobiado por otros quehaceres solicitó el relevo del cargo se produjo el desmadre y a la medida - su gran virtud - sucedió un desaforado ánimo especulativo. Por su gestión en Mogán le fue concedida la “Medalla de Plata al Mérito turístico”.

Consciente de la carencia de hogares destinados a las capas menos favorecidas económicamente de la población canaria, impulsó con un grupo de amigos la creación del PATRONATO BENÉFICO DE CONSTRUCCIÓN SAN JOSÉ ARTESANO, que en “Lomo Blanco” llevó a feliz término la iniciativa de edificar mil viviendas, en unas condiciones de adjudicación realmente excepcionales. Sus magníficas relaciones con el obispo Infante Florido facilitaron la obtención del suelo, que era propiedad de la diócesis. No recuerdo que en la isla haya hecho la iniciativa privada nada semejante, y con espíritu tan altruista, para paliar la carencia de viviendas.

Ni su intenso quehacer profesional ni sus muchos desvelos por los temas culturales y sociales, que ya era tarea suficiente para desbordar la jornada de trabajo de una persona superactiva, aplacaban en su ánimo el reconcomio de abordar una investigación sobre los molinos de agua en Gran Canaria.

El tema lo apasionaba y por la estrecha amistad que nos unía pude seguir muy de cerca las prolijas vicisitudes de la búsqueda de información. Quedé convencido entonces, y lo sigo estando, de que para acometer un proyecto de tal índole se precisaba poseer, además de una gran inquietud, una resistencia física y una capacidad para superar el desaliento poco frecuentes. Aquella curiosidad de Juan por el tema de la molienda, tan unido a su infancia campesina, fue tomando cuerpo hasta llegar a convertirse en un grueso libro de 650 páginas que hoy enriquece los estudios etnológicos canarios; pero precisó de una dilatada etapa ingrata, y al mismo tiempo gratificante: la de recorrer a pie los 1.532 kilómetros cuadrados de la isla. Partiendo de las cumbres de Gran Canaria, una y otra vez, fue iniciando el descenso por los diferentes cauces de los barrancos hasta llegar a la costa. Este fatigoso trabajo de campo consistió, primeramente, en una minuciosa inspección ocular de las orillas de las cuencas para censar los molinos que aún se conservan, la mayoría inactivos, y descubrir también algún vestigio de los desaparecidos. Estas excursiones, realizadas sin prisas los fines de semana, le depararon la ocasión de sostener largos parlamentos con los campesinos, acompañados muchas veces de una taza de café, en los que pudo recoger la información no escrita y rica en

detalles que descansa en la memoria de los ancianos lugareños. Cuando de algún molino no quedaban sino los cimientos del cubo o el fragmento de una muela caído en una escombrera, los recuerdos del labrador informante, evocados con parsimonia, le permitieron averiguar cuáles fueron las características de la industria perdida, a qué familia perteneció, y quiénes fueron los sucesivos molineros que dirigieron la explotación. Del propio terreno y de los saberes de los hombres que aún viven en el medio rural obtuvo Juan Díaz tanta o más información que de los archivos de las Heredades y de otras fuentes documentales. No se solía escribir, por ejemplo, el esfuerzo tremendo que representaba el traslado de las grandes piedras de molino desde la cantera hasta su definitivo emplazamiento, y él lo ha recogido puntualmente. No existían entonces caminos ni medios de transporte adecuados, y únicamente se utilizaban las elementales corsas que eran arrastradas, las más de la veces, a fuerza de brazos. Si las muelas se quebraban en el trayecto, cosa harto frecuente, había que volver a empezar hasta que se conseguía llevarlas enteras al pie del molino. No era este trabajo menor que el que representó en la antigüedad el colocar un sillar en la pirámide de Keops o en el acueducto de Segovia.

Por este inventario pormenorizado de los molinos de agua sabemos que en el suelo agreste y atormentado de nuestra isla se alzaron hasta 186 molinos, de los que hoy subsisten tan sólo 11. Lo sorprende es explicable porque nos enfrentamos con cifras hasta ahora desconocidas, como consecuencia de ser esta actividad artesanal tema no estudiado por los investigadores grancanarios. Quizá convenga recordar que esta proliferación de artefactos molturadores ha obedecido a ser el gofio, en pasadas épocas, un componente básico, primordial en la alimentación de la población isleña, y así desde la época prehistórica. El instrumento empleado por los primitivos canarios para triturar los cereales fue el molino de mano, del que tantas y tan variadas muestras se conservan en el Museo Canario. Él es, por tanto, el predecesor del molino de agua generalizado siglos más tarde.

Juan Díaz ha repetido en nuestro tiempo lo que hace un siglo hiciera otro médico ilustre: el doctor Víctor Grau-Bassas. Éste, que también desempeñó un importante cargo directivo en el Museo Canario, recorrió la isla recogiendo puntualmente cuáles eran los usos y costumbres de la población campesina de Gran Canaria. Todo, hasta los más pequeños detalles, lo anotaba y dibujaba; todo, menos los molinos de agua y el quehacer de los molineros. Quizá intuyó, mientras cruzaba las ásperas veredas de las cumbres, que de los molinos se habría de ocupar un colega suyo cien años después y le dejó intacta la parcela. Juan Díaz aceptó esa especie de legado y, enfrentándose a fondo con el tema, le ha dedicado

muchas más páginas de las escritas por Grau-Bassas en su singular monografía.

Se suele repetir que para que una persona deje impronta imborrable de su tránsito por la vida ha de hacer, al menos, tres cosas: engendrar hijos, plantar un árbol y escribir un libro. Juan Díaz supo dar cumplida respuesta a este popular aforismo, porque cinco han sido sus hijos; modélica la repoblación de frutales que hizo en Valleseco y excelente el libro titulado “Los molinos de agua en Gran Canaria”. Confiamos en que no tardará mucho en ver la luz su obra póstuma sobre los *Nombretes* en Gran Canaria.

En el libro de los *Proverbios*, todo él rebosante de máximas que proclaman la sabiduría del autor y la atención con la que miraba la conducta de los humanos, se hace esta reflexión: *Quien es amigo lo es en toda ocasión* (Prv. 17,17). Estos renglones sapienciales me han traído a la memoria algunos momentos de mi vida en los que Juan se prestó, con generosidad, a apuntalar mi ánimo decaído. Son menudencias, intimidades pero que representaron mucho en aquellas circunstancias.

El primer caso ocurrió en 1970. Preparaba la Universidad de La Laguna la publicación de un libro homenaje a don Elías Serra Ráfols con motivo de su jubilación. Pidieron mi colaboración y la presté con mucho agrado porque don Elías había sido mi profesor y era un amigo muy querido. El ofrecimiento me deparaba la ocasión de dar a conocer un manuscrito, adquirido hacía muy poco por el Museo Canario, escrito por el Padre Juan de Medinilla, fraile mercedario que había venido a misionar en las islas durante el pontificado de Fray Valentín Morán (1751-1761).

El Padre Medinilla, durante todo el tiempo que permaneció en el archipiélago, fue anotando en el diario que llevaba las vicisitudes de su labor apostólica, reflejando en sus páginas el profundo atraso moral en que vivían muchos isleños y dando cuenta, sin mencionar nombres, de los pecados más graves y habituales de los penitentes que con él se confesaban.

Alguien, con no buenas intenciones, alertó al obispado de que me proponía publicar un manuscrito en el que se revelaban secretos de confesión, así sin más. Entonces bullía en la curia un grupo de sacerdotes, herederos de la mentalidad pildaniana, que quiso dar muestras de la vigencia del nacionalcatolicismo, y fui citado y requerido por el juez eclesiástico para que compareciera ante él.

Mi negativa fue rotunda, por varias razones. Como abogado sólo reconocía la competencia de los tribunales eclesiásticos en los asuntos relacionados con el matrimonio canónico; porque ni el Padre Medinilla ni yo dábamos los nombres de aquellos pecadores del siglo XVIII que confesaron sus fragilidades; y por último, porque el Tribunal de la

Inquisición había sido abolido por las Cortes de Cádiz en 1812. En vista de mi actitud rebelde me informaron, de forma oficiosa valiéndose de un cura amigo, de que podía ser excomulgado.

Entonces fue cuando intervino Juan Díaz, a la sazón Presidente del Museo. Sin decirme nada, se entrevistó con el obispo don José Antonio Infantes Florido, con el que mantenía excelentes relaciones, y le comentó que consideraba pueriles y disparatadas aquellas actuaciones. El prelado, después de estudiar el expediente, ordenó su inmediato sobreseimiento. Pasado un poco de tiempo, ese mismo obispo me pidió que le prologara su libro titulado “*Un Seminario de su siglo: entre la Inquisición y las luces*”.

La segunda prueba de fraternal amistad la dio Juan Díaz en 1976. Pensaba casarme el 29 de abril; hacía muy poco tiempo que había sido operado de cataratas y le comenté al cura de san Francisco la posibilidad de que la ceremonia se celebrara en mi casa. La contestación fue desalentadora. Me dijo que por su parte no había el menor inconveniente, pero que el obispado había prohibido que ese sacramento se administrara en lugares privados. De nuevo recurrí a Juan, para que hablara con Infantes Florido. Su amigo no solo concedió el permiso sino que le añadió que él mismo vendría a casarnos. Aquel día el salón de la casa de La Peregrina se transformó en oratorio, mejor, en catedral, porque el oficiante era nada más ni nada menos que un obispo. El querido Juan, *el conseguidor*, actuó como testigo de la boda.

Una vez más, en 1985, dio Juan muestras de lo que para él era la amistad. No me encontraba nada bien de salud y a la vista del resultado de un análisis hecho en su laboratorio me dijo:

- Tengo que darte una noticia que te va a inquietar. Padeces un tumor canceroso de colon y será necesario que te operes sin tardanza.

Quedé aterrorizado. Me dio ánimos y para tranquilizarme comentó que la técnica seguida en esas intervenciones solía ser llamada de *fontanería*, porque consistía en cortar la zona dañada y soldar, unir de nuevo las partes sanas.

- Estás asustado y te prometo que haré algo que no acostumbro: el día de la operación entraré contigo en el quirófano y a tu lado permanecerá mientras dure la intervención.

Así fue. Cuando llegué en la camilla a la primera planta, allí estaba Juan esperándome, vistiendo la bata y gorro verdes. Me cogió con fuerza la mano y entramos en aquella sobrecogedora estancia.

¡Dios mío, cómo se lo agradecí y con qué emoción lo recuerdo!